

Historia y Trauma.

*La Locura de las Guerras**

De Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière

Mabel A. Marcinavicius

La clínica que sustenta este libro proviene de la atención de pacientes psicóticos, en el hospital o en el consultorio. Los autores prefieren sin embargo llamarlos locos. Porque la locura, para ellos, es una forma de lazo social -fuera de la norma- que tiene lugar en situaciones extremas: guerras y catástrofes sociales en las que ocurre “el desmoronamiento de todas las referencias y la explosión de las garantías de la palabra”. “En estos límites, las herramientas clásicas del psicoanálisis se ven cuestionadas, ya que nada es más ajeno al orden de la palabra que la acción asesina”.

Los relatos son breves, recortes que parten de un momento de detención del proceso analítico. Se hace presente entonces una temporalidad congelada, con situaciones traumáticas cercenadas (forcluidas) de la historia transmitida en forma “oficial”. Y que en tanto no dichas, sólo pueden hablar por boca de otro. ¿Cómo? El paciente apela, en momentos cruciales del trabajo terapéutico, a la existencia de aspectos a su vez cercenados de la historia del/la analista. Si esto no ocurre, si el analista falla en ese lugar, subsistirán como impensables y los restos se acarrearán de generación en generación, donde

* Primera edición en inglés, 2004. Primera edición en francés, 2006. Primera edición en español, 2011. Primera reimpresión, 2013.

distintos descendientes, tendrán el deber “loco” de representar esa historia acallada.

El analista tiene que estar ahí, en persona, como en todo análisis. Y va a ser utilizado por el paciente si puede, como los autores de este libro, atreverse a mirar lo que le era mostrado, lo que estaba a la vista, pero él estaba impedido de ver, quizás por prejuicios doctrinarios, o -contratransferencia mediante- por un mandato familiar que responde a la necesidad (legítima) de olvidar su propia historia.

Y el atreverse a verlo, con la conmoción emocional que eso implica, los llevó a darse cuenta de la relación entre las catástrofes sociales y las crisis familiares y de los individuos y del esfuerzo enorme de llevar a la existencia un lazo social forcluido.

Los analistas descubren entonces una dimensión histórica más amplia en la que están incluidos tanto ellos como el paciente.

Al desafiar los impasses a los que los llevaba el trabajo analítico, pudieron encontrarse, con sorpresa, que habían vivido las mismas situaciones que ellos en la Segunda Guerra Mundial, los mismos enfrentamientos, aunque fueran del otro lado de la línea de combate, como en el caso de Gilda. Con Tristán, la analista llega a entender cómo la muerte de una hermanita, presenciada por él en soledad a los 4 años, cargaba con el horror de los abuelos frente a la muerte de miles de soldados en Dunquerque. Terror que sólo encontró lugar a través de la impresión de la analista. A través de “la imaginación aterrorizada de aquellos que se vieron sacudidos por esos relatos sin haberlos vivido en carne propia”, nos dice, citando a Hanna Arendt. Esta impresión no le pertenecía ni a la analista ni a Tristán; era fruto del trabajo en común.

Estos son los verdaderos criterios de la tradición oral, de la cual el psicoanálisis es un “obstinado sobreviviente”. No se trata en absoluto, entonces, de reproducir con un micrófono lo dicho en la sesión o la entrevista.

Desde esos comienzos, con los traumatizados de guerra en Francia, Davoine y Gaudrilliere inauguraron una clínica itinerante, que se atrevió a cruzar el Atlántico y la barrera del lenguaje para escuchar la misma locura.

Davoine y Gaudillière llegaron por primera vez al Austin Riggs Center de Massachusetts en 1979. Se trata de un pequeño hospital, dirigido por Otto Will, que se ocupa mayoritariamente de pacientes psicóticos y lo hace a través de una psicoterapia psicoanalítica intensiva, siguiendo la inspiración de comprometidos analistas de la Menninger Clinic, como David Rapaport y Erik Erikson.

Y se encontraron allí con síntomas que podían remontarse a las guerras que habían vivido las familias inmigrantes, tanto de pacientes como de analistas.

Fue debido a ese intenso y sostenido intercambio que este libro se publicó en primer lugar en EEUU. Fue una manera de devolver, agradecer, las historias clínicas compartidas durante tantos años con ellos. Sobre todo, “momentos clínicos verdaderos”.

Y porque concuerdan con lo que dice Sullivan, uno de sus interlocutores, aparentemente tan lejano teóricamente, pero tan cercano en el entendimiento de los “esquizofrénicos” que él trataba: “todos somos más humanos que otra cosa”.

Y este libro trata del ser humano y de los quiebres en esa humanización, que insiste en tratar de alcanzar la posibilidad de la palabra y recuperar la garantía que esta ofrece.

Al final del recorrido -clínico, geográfico y teórico- llegan a afirmar que sus pacientes-personajes trabajan para mostrar algo que debe curar a la comunidad misma, aunque sólo sea a partir de ser representadas por primera vez en la transferencia. Actualización en transferencia de un “pedacito de historia sustraída de la Historia”, posibilitando así que el tiempo vuelva a ponerse en marcha.

Se va a tratar siempre de un momento socio histórico más amplio.

Es interesante que estos psicoanalistas franceses, discípulos de Lacan, nos cuentan que, recién a posteriori, se conectaron con un texto descuidado del maestro, escrito en 1945 a partir de su encuentro con Bion. Se trata de “La psiquiatría inglesa y la guerra” en el que da cuenta del estatuto moral de las tropas inglesas, frente al modo de irrealidad con que habían vivido la guerra los franceses. Descubren en ese artículo, nos dicen los autores, que Lacan comienza ya a pensar la implicación del lazo social, aunque recién lo

desarrollará teóricamente después de los acontecimientos de mayo del 68.

Pero así como le otorga potencial heurístico a la locura, este libro se nutre del aporte de todos aquellos “investigadores de esas regiones”, desde Erasmo de Rotterdam a Shakespeare y Cervantes. Pero también filósofos y científicos que se vieron “tentados” (lo dicen así) por la cercanía con ella: Wittgenstein, Comte, Cantor, Godel, Nash...

Todos ellos recurrieron a la “imperiosa necesidad de escribir, enfrentando las convulsiones sociales que tiende a eliminar el sujeto”.

Volviendo al epígrafe del libro: “*lo que no se puede decir no se puede callar*”. No se puede callar lo Real ... que se asoma entre las grietas del lazo social desmoronado. Davoine y Gaudillière le dibujan una boca a esos planetas de los que Lacan decía que no pueden hablar “porque no tienen boca”. Así explicaba Lacan lo Real, recurriendo a los planetas que siempre vuelven al mismo lugar.

No se trata entonces de una estructura, sino de una forma de lazo social en una situación extrema, donde se ha perdido la garantía de la palabra, forclusión mediante.

Una memoria que no olvida y que quiere inscribirse como sea.

Frente a aquellas historias impensables que llevarán sus marcas a través de las generaciones, Davoine nos dice que el analista tiene la posibilidad de responder desde su propia herencia arcaica en el sentido freudiano, permitiendo que el analizante encuentre ese lugar de alteridad al que se le pueda hablar. Es lo que el loco buscaba hablando con las paredes

Por otro lado, “lo que no se puede decir, no se puede callar”, no es sin implicar riesgos, como el suicidio de Primo Levi, después de lograr escribir lo que vivió en el campo de concentración.

En momentos como “el nacimiento, la proximidad de la muerte, la paternidad, el parto en que la novedad radical requiere que sea dado un nombre para inscribir lo que adviene en el intercambio, siempre es grande el riesgo de que la herramienta del nombre se quiebre”.

Si bien concuerdan en la inconmensurabilidad entre la Historia y el Psicoanálisis, las crisis de los pacientes resuenan en una zona análoga en el espacio-tiempo de sus analistas y aseveran que esto no es sin el rigor que el descubrimiento de la transferencia amerita.

Los autores escriben bajo la orientación de analistas que estuvieron directamente implicados en esas guerras. El “veterano” Bion, el “soldado” Wittgenstein, y en primer lugar la figura de Tomas Salmon que formalizó una teoría a partir de un marco y un método que ellos, Davoine y Gaudillière, se dieron cuenta que ya utilizaban en la práctica. Salmon la formalizó mucho antes, sólo que ellos todavía no lo sabían.

Recuperan entonces los principios de este autor, al punto que encabezan, como título, toda la segunda parte del libro.

La *proximidad*, en relación al espacio sin límites, donde paciente y analista están expuestos al peligro, el terror y la confusión.

La *inmediatez* para el tiempo congelado y la “*expectancy*” (de difícil traducción aún en francés) que tiene que ver con la esperanza de vivir, que no es sin otro: dimensión simbólica de la alteridad.

En tanto cualquier interrupción de la transmisión busca paradójicamente, algún tipo de inscripción, el psicoanálisis, por la lentitud, la regularidad y el rigor de su dispositivo, permite al analista existir en zonas de no-existencia del paciente.

Nos recuerdan que el rigor científico en psicoanálisis pasa por la necesidad de aprehender lo Inconciente vía transferencia.

Y dicen no negar el positivismo de August Comte, ni tienen intención de oponerse a las neurociencias y al “principio de objetivación” (excepto cuando está atado al concepto de conciencia). “Compartimos el desafío de producir formas y fórmulas transmisibles en la exploración de lo Real. El positivismo de lo Real”.

Concluyen:

“Toda catástrofe del orden social, doméstico u orgánico, corresponde a una pérdida de confianza, puntual o radical, en la seguridad de las leyes que rigen a los hombres, el universo o el cuerpo.”

“Así, la alteridad cambia brutalmente de status. De garante de la buena fe, del que emanan la palabra y la permanencia de las leyes

físicas, el otro se convierte en una superficie de signos y formas que hay que descifrar, sobre un fondo de palabras devaluadas”.

Pero defienden “la génesis del sujeto”. El retorno del sujeto luego del cataclismo y de las estrategias de supervivencia instrumentadas frente al campo inquietante de lo Real. Aunque va más allá de la responsabilidad individual, alcanza a la víctima y a todos los involucrados.